

## RESEÑAS

Zygmunt Bauman, *Los retos de la educación en la modernidad líquida*, 2007, Barcelona, Gedisa, 46 pp.; *Archipiélago de Excepciones*, 2008, Buenos Aires, Editorial Katz, 134 pp.

RECEPCIÓN: 29 de julio de 2012.

ACEPTACIÓN: 19 de febrero de 2013.

Se recibe siempre con gran interés la publicación venida de ese sugerente e inquieto pensador como lo es Zygmunt Bauman. En esta ocasión nos vamos a referir a dos breves, pero densos textos. En el primero de ellos analiza *Los retos de la educación en la modernidad líquida*, en tanto que el segundo es el texto de una conferencia pronunciada en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, como parte de un ciclo que llevaba como título “Archipiélago de excepciones. Soberanías de extraterritorialidad”.

Una de las tesis centrales gracias a las cuales el pensador polaco es conocido se refiere a los “tiempos líquidos” en los cuales vivimos. La idea fundamental a este respecto se presenta en su obra *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, publicada en México por la editorial Tusquets en 2009. En esta obra explica que en las partes “desarrolladas” del planeta se presentan diversas novedades de grandes consecuencias, profundamente relacionadas, que crean un escenario nuevo y sin precedentes, y que ofrecen una serie de retos nunca vistos con anterioridad. Uno de ellos, sostiene, es el paso de la fase “sólida” de la modernidad a una fase “líquida”, es decir, a una situación en la que las formas sociales, las instituciones tradicionales que han servido para salvaguardar la continuidad de los hábitos y los modelos de comportamiento aceptables, ya no pueden (ni se espera que puedan) mantener su forma por más tiempo, porque se descomponen y se terminan antes de poder asumirlas.

El estado “líquido” en el que vivimos afecta a distintas realidades que integran la sociedad y ha sido objeto de análisis en diversas obras de este autor. Esta idea fundamental permea las tesis que se sostienen en *Los retos de la*

*educación en la modernidad líquida*, la que inicia su presentación destacando que una de las características de la sociedad en la cual vivimos es encontrarse ante una multiplicidad de objetos que la sociedad ofrece y que se presentan con el atractivo de consumirse en poco tiempo, sin el menor esfuerzo y sin complicaciones. Esto vale para alimentos, informaciones, múltiples servicios y muchas cosas más.

Ello manifiesta lo que denomina “síndrome de la impaciencia” y que significa que la inversión de tiempo en una actividad “se considera unánimemente abominable, injustificable e intolerable; en realidad, un desastre y una bofetada a la dignidad humana, una violación a los humanos” (22).

Este ahorro del tiempo lleva a procurar una serie de “atajos” gracias a los cuales se logra el objeto deseado en menor tiempo, lo que sirve igualmente para marcar la superioridad, que sirve a su vez para distinguir a una persona del resto de sus semejantes. Son los espacios para “VIPs”, los asientos “reservados”, los lugares “privilegiados”, las horas especialmente dedicadas a personas o grupos de personas “distinguidas”...

Lo anterior permite ver que, en los terrenos de la educación, se pasa de una época en la que ésta ofrecía una serie de “productos” que se anunciaban y por los cuales se pagaba, a un diferente período en la que se le considera, fundamentalmente, un “proceso”. No se habla más de pequeñas porciones de conocimientos reservados para las diferentes profesiones y oficios, situación en la cual “el deber” de una persona se limita a la posesión de la porción que le corresponde. Hoy en día “el apetito de conocimiento” debe hacerse sentir gradualmente a lo largo de toda la vida, a fin de que cada persona pueda continuar “creciendo” y ser así una persona “mejor”. En la nueva etapa “líquida” en la cual vivimos disminuye la importancia de “aquello que se conoce” para centrar la atención en “la capacidad” para responder a nuevas situaciones, en la posibilidad de “digerir” cualquier nueva información que se pueda presentar.

La visión que impera en la sociedad “sólida” es que los conocimientos se ponen en contacto datos duraderos, datos que se multiplican y se pueden acumular. Por el contrario, en la sociedad “líquida” en la que vivimos, la posesión de esos productos duraderos y permanentes ya no interesa más. De este modo, algún profesor perteneciente a la Harvard Business School, “aconseja a sus lectores que eviten quedar atrapados en empleos de larga duración del tipo puesto permanente y, en realidad, desaconseja desarrollar una lealtad institucional o dejarse absorber demasiado en cualquier empleo durante un tiempo prolongado” (27).

En la modernidad líquida ya no cabe la idea de conocimientos permanentes, duraderos e invariables. La solidez de las cosas —en este caso de los conocimientos— aparece como una amenaza real. Se evitan actitudes que impliquen embarcarse en cosas de por vida; esto aparece como repulsivo y alarmante. Lo que llama la atención es lo último, lo que acaba de aparecer, lo que se acaba de descubrir, lo que permite deshacerse de lo viejo y caduco, de lo que ya no vale más. En el consumismo de nuestros días no interesa acumular, sino el breve goce de las cosas. La educación, por su parte, debe poner en contacto con conocimientos de uso rápido e instantáneo, que sirven por el momento y luego se pueden desechar. Los conocimientos son mercancías, que se pueden comprimir y patentar, cuyo valor comercial refleja lo que distingue al producto de los ya existentes, antes que su calidad intrínseca. De este modo, “se termina con la concepción según la cual la educación puede ser un ‘producto’ que uno gana y conserva, atesora y protege. No son los contenidos los que definen a la educación en esta etapa ‘líquida’, y con ello se habla cada vez menos de la educación ‘institucionalizada’. El día de hoy los conocimientos, al igual que los compromisos, sólo son bien vistos a condición de que contengan la cláusula hasta nuevo aviso”.

Un diferente reto para la educación en la modernidad líquida procede del carácter errático y esencialmente impredecible del cambio contemporáneo, de manera que la idea de los tiempos antiguos, según la cual los conocimientos verdaderos son de lo universal y necesario, se encuentre en total bancarrota. Los objetos del conocimiento tienden a ser variables y cambiantes en esta nueva época. Se vive en los contextos de la volatilidad, de la fluidez, de la flexibilidad y de la brevedad de la vida: “un mundo múltiple, complejo y en veloz movimiento” y, por tanto, “ambiguo”, “enmarañado” y “plástico”, incierto, paradójico y hasta “caótico”. Ello explica, agrega el autor, que cada vez se acepten menos los “conocimientos establecidos” y se sospeche de “la experiencia acumulada”.

Cierto que todo esto va contra la esencia misma de lo que era el aprendizaje y la educación a lo largo de la mayor parte de la historia. Ello implica también la consecuencia de que, por ejemplo, la memoria pierda su lugar privilegiado, que se vea con sospecha los marcos cognoscitivos sólidos y las preferencias por valores estables. La educación en un tiempo líquido debe producir personas joviales y comunicativas, abiertas y curiosas, que pongan como elemento básico sus propias personas, su capacidad imaginativa y astuta, que tengan “un valor agregado” para cualquier trabajo en equipo. Lo que se convierte en fundamental es presentar ideas nuevas, insólitas, proyectos

## RESEÑAS

excepcionales nunca antes sugeridos por otros y, sobre todo, “la gatuna propensión a marchar solitariamente por caminos propios”. A lo que, comenta nuestro autor, “no parece sencillo cosechar y aprender semejantes virtudes en los libros de texto”.

El día de hoy se debe proponer una “educación permanente”, que avive la necesidad de actualizarse en lo referente a las “novedades últimas” no sólo de la actividad profesional, sino especialmente de aquellas hondonadas de la propia personalidad que distinguen de los demás y permitan acceder a objetivos que no se habían lograda con anterioridad. La educación en la modernidad líquida avanza en el mundo al que se refiere la información, pues ésta, la misma información, ha venido a ser el principal sitio de “lo desconocido”. En el caso de la información objetivamente disponible, todo está ahí, accesible ahora y al alcance de la mano, pero a la vez, insolente y enloquecedoramente distante, obstinadamente ajeno, más allá de toda esperanza de ser comprendido cabalmente alguna vez”.

Ello permite llegar a nuestro autor a una conclusión que resulta un poco desoladora: “En el pasado, la educación adquiría muchas formas y demostró ser capaz de ajustarse a las cambiantes circunstancias, fijándose nuevos objetivos y diseñando nuevas estrategias. Pero, lo repito, el cambio actual no es como los cambios del pasado. En ningún otro punto de inflexión de la historia humana los educadores debieron afrontar un desafío estrictamente comparable con el que nos presenta la divisoria de aguas contemporánea. Sencillamente, nunca antes estuvimos en una situación semejante. Aún debemos aprender el arte de vivir en un mundo sobresaturado de información. Y también debemos aprender el aún más difícil arte de preparar a las próximas generaciones para vivir en semejante mundo” (46).

De este modo, se delinean con mayor claridad los retos que presenta la educación en la nueva fase “líquida” y que uno puede constatar cada vez con mayor frecuencia. Esta concepción es la que manifiesta en un artículo reciente el rector de la Universidad de Yale cuando escribe que “en la actual economía del conocimiento [...] la característica más importante de una persona altamente educada no es el conocimiento sobre temas específicos, sino la destreza para asimilar información nueva y resolver problemas [...] Dominar determinado cuerpo de conocimientos tiene escaso valor permanente en un mundo en rápida transformación. Los alumnos que aspiran a ser líderes en el comercio, la medicina, el derecho, en el gobierno o en el mundo académico necesitan que en su mente haya ‘disciplina’: la habilidad para adaptarse a circunstancias en cambio constante, para confrontar hechos nuevos y encontrar modos

creativos para resolver problemas” (en *Foreign Affairs Latinoamérica*, vol. 10, núm. 3, pág. 88).

Las tesis del sociólogo Bauman se ven confirmadas cada vez más por autoridades académicas de diversas partes del mundo. Ello permite ver la agudeza del diagnóstico realizado en el libro que reseñamos e, igualmente, el reto que suscita. En un mundo en constante cambio, en el cual la información se presenta como desbordante, en un mundo “líquido” que presenta “a la carta” diversas ideologías y religiones, que pretende sumir en una perspectiva relativista todo conocimiento y cualquier compromiso, se presenta con carácter urgente reflexionar seriamente sobre esta “oferta” educativa, darse cuenta de que, como en cualquier época de crisis, el pensamiento sofista irrumpe nuevamente y aparece victorioso, lo que lleva a postular una “vía” diferente, en la cual vuelvan a hacer su aparición valores permanentes de fondo, que no sean manipulables por estrechos intereses, que den sentido a la existencia humana y que deben normar su conducta.

\* \* \*

En *Archipiélago de excepciones*, Bauman se refiere a un consecuencia diferente, provocada por los “tiempos líquidos”, derivada del hecho de que los mercados financieros, de mercancías y de trabajo, así como la modernización gestionada por el capital –y por ello el modo de vida moderno–, han alcanzado a todo el orbe. Lo que el autor denomina “plenitud” del planeta implica dos consecuencias directas. “La primera de ellas es el bloqueo de las válvulas de escape que anteriormente permitían que los relativamente escasos enclaves modernizados y en vías de modernización del planeta experimentaran un regular y oportuno proceso de drenaje y limpieza de esa población excedente, superflua, supernumeraria y prescindible [...] que el modo de vida moderno no ha hecho más que producir en una escala continuamente creciente” (20). En el momento en que el modo de vida moderno se ha generalizado y ha dejado de ser privilegio de relativamente pocos países, desaparecieron los territorios “vacíos” y las “tierras de nadie”, que habían sido usados en el pasado como válvulas de escape para la población residual. Así, en el pasado las tierras lejanas, los horizontes desconocidos y “ausentes de presencia humana”, las enormes extensiones que ofrecieron en épocas no muy remotas los Estados Unidos, Canadá, las latitudes sudamericanas, abrían el apetito de viajeros y conquistadores, y servían para enviar a ellos un número

## RESEÑAS

importante de “población residual” que era difícil de incorporar en los países de origen.

Lo que el autor denomina “miembros tardíos del club de la modernidad” se ven enfrentados a un problema global e intentan resolverlo de manera local. Ellos mismos deben encarar el desafío del “excedente” humano provocado por las nuevas reglas del mercado. “Las guerras y las masacres tribales, así como la proliferación de ‘ejércitos guerrilleros’ o de bandas de forajidos y traficantes de drogas disfrazados de luchadores por la libertad, ocupados en diezmarse mutuamente sin dejar de absorber y, a su vez, aniquilar los nuevos ‘excedentes de población’ (formados, mayormente, por jóvenes, incapaces de encontrar empleo en sus países y sin perspectivas de futuro), constituyen una de esas retorcidas soluciones locales a problemas globales” (27). Esta descripción puede aplicarse con facilidad a numerosas situaciones que conocemos.

Pero la segunda nueva consecuencia de la “plenitud” del planeta son los migrantes económicos en busca de nuevos países, las víctimas de la trata de personas, los miles de peticionantes de asilo, en una palabra, los nuevos flujos de refugiados que no encuentran “acomodo” en ningún país: las vías de “desagüe” se encuentran cada día más obstruidas y el problema es dónde colocar esos “excedentes humanos”. Ellos encarnan las nuevas *vidas desperdiciadas* (título de una obra anterior de Bauman), los nuevos parias con los cuales no se sabe qué hacer.

216 Bauman se refiere a las conversaciones que no hace muchos años sostuvieron el Primer ministro Tony Blair con el entonces Alto comisionado de las Naciones para Refugiados, Ruud Lubbers. Blair propuso en nombre de la Unión europea que todos aquellos peticionantes de asilo que se dirigieran al territorio europeo fuesen enviados a determinados “refugios seguros” que se localizaban fuera de la Unión Europea (!). Tales “refugios seguros” estaban en países a los cuales se les pagarían importantes sumas de dinero por el servicio prestado. Y es que “los refugiados son el ‘residuo humano’ personificado: sin ninguna función ‘útil’ que desempeñar en el país al que llegan y en el que se quedan temporalmente, y sin intención ni posibilidad realista de ser asimilados e incorporados al nuevo elemento social” (39). Es indudable que los refugiados en nuestra modernidad representan “lo desconocido” que siempre han encarnado los “extraños que hay entre nosotros”; estos forasteros concretos –los refugiados– traen consigo el estruendo distante de la guerra y el hedor de los hogares saqueados y de los pueblos arrasados que, inevitablemente, recuerdan a los establecidos con qué facilidad el refugio de la rutina segura y familiar (segura por lo familiar) en la que se amparan podría

verse resquebrajado o aplastado y cuán engañosa debe ser la seguridad de su “establecimiento” (51).

Estas mordientes reflexiones de Bauman se ven fortalecidas cuando se recuerda que, según las informaciones dadas por la misma Oficina del Alto Comisionado para Refugiados (ACNUR), a finales de 2010, este organismo se ocupaba de mayor número de desplazados internos (14.5 millones) que de refugiados (10.5 millones) y, además, había tenido que hacerse cargo de más de dos millones de personas víctimas de desastres naturales.

Con ello los países europeos y “sus avanzadas de ultramar” (Estados Unidos, Canadá) hacen frente a problemas, hasta hace poco desconocidos con “políticas igualmente novedosas y casi nunca antes llevadas a la práctica en la historia europea, dirigidas hacia el interior y no hacia el exterior, centrípetas en vez de centrífugas, implosivas en lugar de explosivas, el repliegue en sí mismos, la construcción de vallas y alambradas rematadas con una red de aparatos de rayos X y de cámaras de circuito cerrado de televisión, el despliegue de más agentes en las cabinas de control de inmigración y de más guardias de fronteras en el exterior, el endurecimiento de las leyes de inmigración y naturalización, la reclusión de los refugiados en campamentos estrechamente vigilados y aislados, y el freno a la entrada de nuevos inquilinos potenciales de éstos antes de que tengan oportunidad de reclamar su condición de refugiados o de solicitantes de asilo” (52).

A este fenómeno por el cual los “desagües” de desperdicios humanos se hallan en estado cada vez más problemático, acompaña otro fenómeno propio de nuestra sociedad “líquida”. Desde hace algunos decenios, ante el empuje del libre mercado, el Estado se ha ido despojando de su carácter social, proveedor de servicios que ayudaban a los miembros individuales a defenderse de los accidentes de la vida normal y ha tenido que buscar un nuevo modo de legitimación. Con ello, “el poder y la política se desvían cada vez más el uno de la otra siguiendo direcciones opuestas. El problema (y la imponente tarea) al que el presente siglo tendrá que hacer frente con toda seguridad como su reto principal es el de reunir de nuevo el poder y la política” (104). El poder se ha ido trasladando a fuerzas globales frente a las cuales los Estados carecen de medios de control. Son ellos, más bien, los que quedan a merced de las mismas.

Al buscar un nuevo modo de legitimación, el Estado encuentra un nuevo asidero: en lugar de ofrecer servicios que ayuden a las personas a satisfacer sus necesidades (educación, salud, comunicación, etc.), comienza a ofrecer

RESEÑAS

“servicios de seguridad” frente a figuras que se agrandan por su carácter amenazante. Entonces, el Estado hace aparecer la naturaleza desafiante y peligrosa de los refugiados, de los inmigrantes, que amenazan con romper la integridad del Estado. Se instaura y propicia un régimen dominado por el miedo, en el cual el peligro a la seguridad se puede encontrar “a cada vuelta de la esquina”. “El capital del miedo puede ser, y en efecto lo es, transformado en muy variadas formas de rentabilidad, ya sea comercial o política” (93). El Estado procura realizar un incremento de nuevos delitos que fácilmente hacen ver la amenaza de acciones terroristas. Y con ello viene una auténtica inflación de prisiones y de población carcelaria. “Construir más prisiones, aumentar el número de delitos punibles, implantar una política de “tolerancia cero” y aprobar sentencias más duras y prolongadas: todos estos elementos forman parte de un intento de reconstrucción de la fallida y tambaleante industria de la eliminación de residuos sobre la base de unos cimientos renovados que se ajusten mejor a la nueva situación del mundo globalizado” (67).

Los análisis de Bauman pueden empujar a un fácil pesimismo. El autor, sin embargo, señala que su tarea consiste en hacer ver que todos estos problemas, propios de un mundo globalizado, tienen como causa, precisamente, que “no disponemos de una política global; no tenemos instituciones políticas globales, ni un poder judicial global, ni ningún equivalente global de los instrumentos de control colectivo sobre la unión humana como los que se desarrollaron durante la era de los estados-nación” (119). Se trata, en consecuencia, de ser conscientes de que “los poderes y las potencias globales reales que funcionan hoy en día no tienen intención de resolver” (125) esos problemas creados por la modernidad líquida. Todo ello, dice nuestro autor, debe servir para lograr “una movilización de fuerzas” que obren en la línea de crear una auténtica comunidad global que ayude a resolver globalmente esos problemas, que existen precisamente a nivel global. Es algo que requiere todas nuestras fuerzas e imaginación.

JAIME RUIZ DE SANTIAGO  
Departamento Académico de Estudios Generales  
Instituto Tecnológico Autónomo de México